

# Fernando de los Ríos. Un intelectual en el PSOE

por Octavio Ruiz-Manjón

Editorial Síntesis, Madrid, 2007

| Publicado el 31/05/2007

## Las verdes praderas de Kensico

Nueva York, jueves 2 de junio de 1949. La comitiva fúnebre salió del 448 de Riverside Drive, un edificio de apartamentos frente al río Hudson, en una manzana que da la espalda a los edificios de la Universidad de Columbia y del Barnard College. El féretro estaba cubierto por la bandera de la España republicana y era llevado a hombros por un grupo de amigos con chaqueta oscura y corbata negra. Entre los asistentes estaban Juan Negrín, el presidente del último Gobierno español durante la Guerra Civil, y Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado de aquel Gobierno.

Además estaba presente el general Asensio, antiguo subsecretario del Ministerio de Defensa Nacional, que representaba en el entierro al Gobierno republicano en el exilio y, entre los allí reunidos, también se podía reconocer a los ex ministros Eloy Vaquero y Enrique Ramos, así como al ex diputado gallego Emilio González López, que había sido director de los cursos de verano de Middlebury College, un centro en el que se había realizado una excelente tarea de difusión de la cultura española. Otro de los asistentes al entierro era el trotskista Joaquín Maurín, que ha dejado su testimonio personal de aquella triste jornada de primeros de junio.

Por parte de la comunidad académica asistían los profesores Tomás Navarro Tomás, ángel del Río, el mexicano Andrés Iduarte, Américo Castro, Luis Recasens Siches, Ernesto Dacal y el colombiano Germán Arciniegas. Eran intelectuales españoles y americanos que se encontraban trabajando en universidades americanas de la región.

En el domicilio mortuorio no había tenido lugar ninguna otra ceremonia salvo la firma en el libro de pésames, aunque se encontrara presente un sacerdote de inclinaciones republicanas, Leocadio Lobo, que había hecho amistad con De los Ríos durante los años del exilio. La presidencia del duelo familiar la ostentaban José de los Ríos -el hermano menor de Fernando-, que había llegado a Nueva York desde Puerto Rico, y el yerno del fallecido, Francisco García Lorca, hermano del poeta asesinado a comienzos de la Guerra Civil. La esposa, la madre y la hija de Fernando de los Ríos se quedaron en la casa durante el entierro, de acuerdo con una costumbre habitual en la España de aquellos tiempos.

Los coches que componían la comitiva se encaminaron hacia el norte, cruzando el Bronx, camino del condado de Westchester. En uno de ellos Francisco García Lorca, que iba acompañado por su sobrino Manuel Fernández Montesinos, manifestaba su perplejidad y una cierta incomodidad por la presencia de Negrín, con el que De los Ríos había mantenido muy malas relaciones políticas, y muy escasos contactos personales desde finales de la Guerra Civil. Un entierro, sin embargo, es siempre el momento de poner en sordina las diferencias que pudieran haber existido entre dos personas que, en cualquier caso, habían compartido ideales políticos comunes.

El cementerio de Kensico está situado en una población que tiene el evocador nombre de Valhalla, el paraíso de los héroes de la leyenda nórdica. Es un lugar de verdes ondulaciones y suaves laderas, poblado de magnolias, abedules, enebros, grandes abetos y el árbol oficial del estado de Nueva York, el arce de azúcar. Allí está enterrado Sergei Rachmaninoff y otro músico menos clásico pero que ha hecho bailar a muchas más personas, Tommy Dorsey.

Aquella mañana de junio, el medio centenar largo de personas que se reunieron en Kensico para despedir a Fernando de los Ríos escucharon las palabras del Dr. Erich Hula, director de la New School for Social Research, en donde De los Ríos había sido profesor desde que acabara la Guerra Civil. En su emocionado parlamento, el Dr. Hula dijo que De los Ríos no sólo fue un gran español sino también un gran europeo y un gran ciudadano del mundo. Antes de depositar la caja se retiró la bandera tricolor de la República, que fue entregada a los familiares.

El mismo número de *The New York Times* que daba la noticia del entierro traía una carta de Alvin Johnson, presidente emérito de la New School, en la que rendía un tributo emocionado al amigo desaparecido. En la carta, que era un antecedente del artículo que publicaría unos meses más tarde en la revista *Social Research*, Alvin Johnson alababa el papel que había jugado Fernando de los Ríos para romper las barreras de incompreensión que aún existían entre las dos grandes culturas del continente americano: la de origen español y la anglosajona.

Don Fernando -concluía la carta de Johnson, que traducimos aquí- fue uno de los pocos grandes hombres de nuestro tiempo. Alguien podría creer que mi juicio es parcial por mi afecto a don Fernando, pero mi afecto no se debía a que fuese el más fino y elegante caballero que yo haya conocido jamás, sino porque nadie que no fuese un borrico podía conocerle sin darse cuenta de lo grande que era.

En los días siguientes se prolongarían los testimonios de homenaje y afecto, especialmente en *El Socialista* que, en aquellos tiempos, era un semanario que se editaba en Toulouse, aunque en la cabecera figurase el nombre de París. En su número del día 9 de junio había un gran titular -"Ha muerto Fernando de los Ríos"-, que ocupaba toda la cabecera, y la primera página se abría con un largo artículo de Indalecio

Prieto, titulado "Semblanza. Fernando de los Ríos", en el que el veterano político y periodista mostraba su inteligencia y su calidad de escritor.

Fernando de los Ríos significaba en el Partido Socialista Obrero Español -escribía Prieto- la continuidad de una aportación intelectual señalada primeramente por Jaime Vera y después por Julián Besteiro, una aportación generosa y valiosísima, prestada por grandes figuras universitarias que ofrecieron el faro de su cultura a muchedumbres obreras ansiosas de redimirse.

Se trataba -hay que tenerlo en cuenta-, de una incorporación al socialismo que no resultaba nada fácil en la España de la Restauración y que, como señalaba el articulista, atrajo los ataques de una sociedad que se sentía traicionada por esos intelectuales salidos de sus filas. Un hecho no muy frecuente que, sin embargo, no era extraño en otras sociedades europeas cercanas a la española.

Si en el campo internacional -señalaba Prieto con agudeza- buscáramos una figura con igual procedencia e igual destino, la encontraríamos en Jean Jaurès. Tratase en ambos casos de liberales que, por serlo profundamente, caen en la cuenta de que no es posible una libertad política perfecta sin una libertad económica completa y que, por tanto, es el socialismo la fórmula suprema del liberalismo.

Prieto continuaba el artículo con alabanzas a las dotes oratorias del amigo desaparecido y a su profundo sentido religioso, basado en la tolerancia e impregnado de caridad hacia cuantos le rodeaban. También aludía a sus grandes pasiones -el magisterio y la política-, sólo superadas por su amor a España, que le parecía que se asemejaba al de otro gran intelectual desaparecido en los compases iniciales de la Guerra Civil:

Llevaba a España dentro del corazón y muy dentro, donde le dolía a don Miguel de Unamuno, dolíale también a él. Por eso sentía desgarrada el alma ante la espantosa ruina patria.

También aparecían, en la primera página de aquel periódico, sendos artículos de Rodolfo Llopis y Andrés Saborit que discurrían por la senda de los recuerdos personales, no siempre exactos en el caso del segundo. Los números siguientes de *El Socialista* irían desgranando otros testimonios del amigo y maestro desaparecido por parte de José Prat, de Joaquín Maurín o de Luis de Zulueta. El testimonio de este último, que era quien le había conocido desde hacía más tiempo, se abría con la evocación de unas conversaciones en El Pardo, cuarenta años antes, cuando Francisco Giner de los Ríos alentaba los esfuerzos de algunos jóvenes para intervenir en la transformación de la sociedad española. De allí no surgiría ninguna empresa articulada pero sí compromisos políticos individuales como el que llevaría a De los Ríos a las filas socialistas unos años más tarde.

Quizá mañana -concluía Zulueta en su artículo- el nombre de Fernando de los Ríos,

personificación del socialismo humanista, no aparezca como el del último representante de un mundo que se fue sino como el precursor de un mundo que nace.

Acabada la ceremonia, la comitiva se disolvió, camino de Nueva York y, durante más de treinta años, los restos de Fernando de los Ríos reposarían en las verdes praderas de Kensico. Hasta el 28 de junio de 1980, cuando fueron trasladados al escenario, mucho más seco y dramático, del cementerio civil de Madrid. Un escenario, en todo caso, cargado de significación histórica, sobre el que vale la pena echar una fugaz mirada.

### SOCIALISTAS, COMUNISTAS, REPUBLICANOS, MASONES Y CRISTIANOS

El cementerio civil de Madrid es un espacio rectangular, de unos cien metros de ancho por algo más de doscientos de largo, situado en el ángulo que se abre entre la avenida de Daroca -la antigua carretera de Vicálvaro- y la avenida de Francisco Largo Caballero. El costado posterior del rectángulo que forma el cementerio civil está recorrido por la calle de Nicolás Salmerón y, desde luego, no parece casual que republicanos y socialistas coincidan en la toponimia de aquel lugar. Al cementerio se entra desde una plazoleta que está atravesada por la avenida de Daroca que transcurre también, en dirección noroeste-sudeste, por uno de los costados del cementerio católico de la Almudena. Este último, supera en casi veinte veces la extensión del cementerio civil, que apenas llega a las dos hectáreas y media.

La desproporción de las extensiones podría parecer un mudo plebiscito de la masiva presencia del catolicismo en la sociedad española -y, tal vez, de las razones de los católicos para ejercer una supremacía social y política- si no fuera por el impresionante elenco de nombres que encontramos en el relativamente diminuto cementerio civil. En los primeros veinticinco metros que recorre el visitante que allí se adentra encontrará la tumba de tres jefes de Estado, las de varios ministros y la de una docena larga de las personas que más han influido en la vida española de los últimos ciento cincuenta años. Muchos de ellos aparecerán con frecuencia en las páginas de este libro.

Por otra parte, la comparación de ambos cementerios tampoco refleja, con los puros datos cuantitativos de la extensión, la realidad de una España en la que, desde comienzos de la revolución liberal, fueron muchos los personajes que vivieron al margen de la influencia de la Iglesia católica aunque, al final de sus días, recibieran un enterramiento religioso. Un ejemplo claro de esa situación sería el de José Ortega y Gasset, enterrado en 1955, en pleno período franquista, en un clima de tensión del que han quedado numerosos testimonios. Casi un año exacto después moriría Pío Baroja y, según ha contado Julio Caro Baroja, su familia, escarmentada por lo ocurrido con ocasión del entierro de Ortega, tomó medidas tajantes para impedir la repetición de aquella situación y los restos de don Pío reposan ahora cerca de la calle que se abre a la izquierda de la avenida central, que arranca de la puerta principal del cementerio civil.

Por lo demás, el cementerio civil no es sólo el cementerio de los que vivieron al margen

de la Iglesia católica ni, mucho menos, un cementerio de ateos. Allí han sido depositados numerosos protestantes, cristianos ortodoxos, musulmanes y, en una zona apartada, de acuerdo con las exigencias de su religión, judíos.

El cementerio civil del Este se había inaugurado en septiembre de 1884, durante uno de los gobiernos conservadores de Cánovas, como resultado de la puesta en práctica de un decreto publicado en el anterior período revolucionario, que preveía la construcción de una necrópolis, que quedara bien alejada de la ciudad, en la que se dedicaría un terreno para el entierro de los no católicos. La costumbre de enterrar fuera de las ciudades sólo se había generalizado en la primera mitad del siglo XIX, cuando se pusieron en pleno vigor las medidas adoptadas mucho antes por Carlos III para impedir que se siguiera con la práctica de enterrar en parroquias y edificios religiosos, por el peligro que acarrearía a la salud de los ciudadanos.

Algunas de las ceremonias de entierro celebradas en estos cementerios civiles han dejado profunda huella en nuestra historiografía como es el caso de Fernando de Castro, sacerdote, catedrático y rector de la Universidad de Madrid, y uno de los introductores de la filosofía krausista en España. Su entierro, en mayo de 1874, sería evocado con gran fuerza literaria por Vicente Cacho, que se valió del inestimable apoyo que le proporcionaba el relato de Rafael María de Labra, lleno también de color y atractivo (Cacho Viu, 1962: 15-17). No tuvo la fortuna de encontrar tan buen tratamiento literario otro entierro que se había producido cinco años antes, el de Julián Sanz del Río, amigo del anterior y el más directo responsable de la difusión de la filosofía krausista en España desde que volviera de Alemania en 1843 y, posteriormente, con su labor como catedrático de Filosofía de la Universidad Central. Inicialmente, ambos amigos serían depositados en tumbas contiguas, en el patio que se dedicaba a los no católicos en el cementerio General del Sur de Madrid, que estaba situado más allá de la Sacramental de San Lorenzo, al fondo de la calle de la Verdad. Desde allí serían trasladados, a mediados de junio de 1905, al cementerio civil del Este, pues sabemos que Gumersindo de Azcárate había escrito a Francisco Giner de los Ríos, en mayo de 1902, para expresarle su conformidad con la compra de unos terrenos en el cementerio civil del Este, que permitirían efectuar el traslado que se produjo tres años más tarde.

En la actualidad, los restos de los fundadores del krausismo español se encuentran depositados en un conjunto funerario que está situado al comienzo del eje longitudinal que desemboca en la avenida de entrada. Está formado por tres grandes losas iguales, de granito del Guadarrama, en las que aparecen los nombres y las fechas de la muerte de las seis personas allí enterradas. En la tumba central están colocados Francisco Giner de los Ríos, fallecido en 1915, y Alberto Jiménez Fraud, el último de los allí enterrados, que falleció en 1964. En la de la derecha fueron depositados Fernando de Castro y Gumersindo de Azcárate, que falleció en 1917; mientras que, en la de la izquierda, aparecen los nombres de Julián Sanz del Río y Manuel Bartolomé Cossío, fallecido en 1935.

De este modo -escribiría Bernardo Giner de los Ríos, el sobrino de don Francisco, con ocasión del quincuagésimo aniversario del fallecimiento de su tío- quedaban formando una unidad los que, en vida, la constituyeron tan sólida y homogénea, al calor del respeto y de la devoción.

El conjunto, desde luego, sugiere una fuerte unión entre todos los allí reunidos, aunque se trate de personas de generaciones muy diferentes. Hay un evidente aire de familia que, de hecho, está respaldado por efectivos vínculos familiares como los existentes entre Cossío y Jiménez Fraud -que fueron suegro y yerno respectivamente- o por la convivencia familiar de Giner con la familia Cossío, durante más de un cuarto de siglo, en la casa del antiguo Paseo del Obelisco madrileño, hoy calle de Martínez Campos. Algunos de ellos, además, fueron solteros, como don Francisco y don Fernando, que volcaron sobre aquellas empresas intelectuales la mayor parte de sus afectos; o casados sin hijos, como don Julián y don Gumersindo, que estaban en una situación muy parecida. Era un mundo de clérigos académicos, como los "dons" anglosajones, que se movieron con unos entornos femeninos muy identificados con aquellas propuestas de renovación, aunque las mujeres relacionadas con esa aventura intelectual se mantuvieran al margen de la gestión de los asuntos. Eso explica que, también en el cementerio civil, Carmen López-Cortón y Viqueira, la mujer de Cossío, y las hijas de ambos, Natalia y Julia, reposen en una tumba muy cercana a la de aquellos varones. Natalia fue la mujer de Alberto Jiménez Fraud.

Bernardo Giner de los Ríos, con ocasión del testimonio antes citado, se presenta como autor del conjunto funerario en el que, con toda seguridad, debió participar también Antonio Flórez. Según comentarios brindados por Salvador Guerrero, comisario de la exposición que se dedicó hace unos años al famoso arquitecto, Flórez aplicó allí soluciones similares a las que se habían empleado en el enterramiento de Goya en la capilla de San Antonio de la Florida. Por su parte, Juan Guerrero Ruiz nos ha dejado el testimonio de que también Juan Ramón Jiménez intervendría en la disposición de la sepultura después de la muerte de Giner y decidiría " la forma de disponer la losa de granito y las letras en la sepultura de don Francisco de este modo sencillo, que luego han imitado para otros".

#### UNA FAMILIA GRANADINA Y NEOYORQUINA

Si se continúa hasta el final de ese eje longitudinal del cementerio -en el que también están situadas las tumbas de Pío Baroja, de Indalecio Prieto y de Julián Besteiro-, y torcemos después a la derecha, encontraremos dos tumbas -de factura muy parecida a las que albergan a los krausistas y a los hombres de la Institución Libre de Enseñanza- en las que reposan dos matrimonios. Uno de ellos es el formado por Fernando de los Ríos Urruti y Gloria Giner de los Ríos García; el otro es el de Francisco García Lorca, el hermano del poeta, y Laura de los Ríos Giner, la hija de los dos anteriores.

Es un conjunto funerario relativamente reciente porque ya sabemos que el primero en fallecer de todos ellos -Fernando de los Ríos- había sido enterrado inicialmente en Nueva York, en 1949, y sus restos no serían trasladados a Madrid hasta junio de 1980. Diez años antes de esta fecha había muerto en Madrid su mujer, Gloria, sobrina carnal de don Francisco Giner de los Ríos, como hija que era de Hermenegildo Giner de los Ríos. En mayo de 1976 fallecería, también en Madrid, Francisco García Lorca, que se había casado en 1942 con Laura de los Ríos, la hija de Fernando y de Gloria. Laura sería la última en morir, también en Madrid, en diciembre de 1981. Volvían a estar unidos, en tierra española, los restos de unas personas que habían sido testigos -cuando no directos protagonistas- de una apasionante aventura intelectual y política que se había desarrollado, la mayoría de las veces, entre Granada y Madrid, durante el cuarto de siglo que se extiende entre 1911 y 1936, y se prolongaría en Nueva York después de acabada la Guerra Civil.

En Granada, una ciudad bellísima que sufría a comienzos del siglo XX graves problemas sociales y políticos, se había establecido en la segunda década de aquel siglo un joven catedrático recién casado que revitalizaría en la ciudad los aires renovadores de la Institución Libre de Enseñanza, pues Granada ya contaba en su universidad con una larga tradición de profesores krausistas e institucionistas. El mismo Francisco Giner de los Ríos había recibido en aquel centro universitario las enseñanzas krausistas de José Fernández Jiménez y Francisco Fernández y González a finales de la década de los cincuenta del siglo anterior y, desde finales del XIX, había habido varios profesores relacionados con el mundo institucionista. Uno de ellos sería Manuel Torres Campos, catedrático de Derecho Internacional Público y Privado entre 1886 y 1918, tío del arquitecto Leopoldo Torres Balbás. Torres Campos estuvo muy relacionado con el mundo jurídico madrileño en los años iniciales de la Institución Libre de Enseñanza.

También había sido alumno de la Institución en su juventud Jerónimo Vida Vílchez, catedrático de Derecho Político y Administrativo, que murió en enero de 1915. Fernando de los Ríos le apreciaba mucho y, a finales de marzo de aquel año, se dolía de su pérdida en una postal dirigida a Pedro Dorado Montero, catedrático de Derecho Penal en Salamanca: "el pobre Vida representa una pérdida grandísima para la Universidad y para mí".

La voluntad de la familia De los Ríos de huir del "pueblerino ambiente de Granada", del que alguna vez hablaría Gloria Giner, les llevó al trato con los círculos que mejor representaban en Granada el afán de chocar contra ese ambiente. Fernando de los Ríos fue, desde muy pronto, figura decisiva en las actividades del Centro Artístico, la entidad más destacada de la vida cultural granadina desde los años de la regencia de María Cristina. Allí conocería, cercanos ya los años veinte, al joven poeta Federico García Lorca y, a través de él, al resto de su familia, entre la que se contaba Isabel, la hermana pequeña, que anudaría una íntima amistad con Laura, la única hija del matrimonio De los Ríos. También había un hermano, Francisco García Lorca, cuatro años menor que Federico, y mucho mejor estudiante que su hermano. Por aquellos años, Francisco

estudiaba Derecho y debió prestar escasa atención a Laurita, una cría once años menor que él. Hay una fotografía, de comienzos de los años treinta, en la que ambos aparecen en un grupo muy numeroso, pero sus caminos no se cruzarían definitivamente hasta comienzos de los años cuarenta, cuando coincidieron en el exilio norteamericano. Se casarían en Bread Loaf (Vermont, EE UU), en julio de 1942.

Los De los Ríos también trataron con asiduidad, en la Granada de los años veinte, a Manuel de Falla, que se había refugiado en 1919 en el silencio de la Antequeruela Alta granadina durante uno de sus períodos de mayor fertilidad creadora. El matrimonio De los Ríos visitaría con asiduidad aquel carmen al que llegaban los rumores del bosque de la Alhambra y los sonidos amortiguados de la ciudad. Más adelante, cuando los cambios políticos que experimentó España pusieran a Fernando de los Ríos en puestos de relieve de la vida política, Manuel de Falla buscaría el contacto epistolar con el amigo de tantos años, para hacerle depositario de sus inquietudes por un clima moral que chocaba con las profundas convicciones religiosas del compositor.

También fue de la intimidad de la familia De los Ríos, en Granada, el matrimonio formado por doña Berta Wilhelmi y don Eduardo Domínguez. Ella era una alemana, de fuerte personalidad e independencia de criterio, que había vivido en Granada desde comienzos de la década de los setenta del siglo anterior y había tenido un primer matrimonio con Fernando Dávila Ponce de León. En contacto con la Institución Libre de Enseñanza -en cuyo Boletín colaboró-, doña Berta realizó actividades filantrópicas de carácter pedagógico, como fueron unas colonias escolares que se desarrollaron en Almuñecar, así como diversas iniciativas para la lucha contra la tuberculosis.

Este reducido y selecto mundo de relaciones se desarrolló en una Granada que, a través de la biografía de Federico García Lorca, se ha convertido en uno de los escenarios mejor conocidos de la España del reinado de Alfonso XIII, que es tanto como decir de los años de la llamada edad de plata de la cultura española.

## EPÍGONOS DEL INSTITUCIONISMO

Instalado en Granada, Fernando de los Ríos realizó una intensa actividad académica y cultural en la que se fue consolidando un compromiso político dirigido a la defensa de las clases trabajadoras. De hecho, Fernando de los Ríos fue calificado de socialista desde sus primeros momentos en Granada, mucho antes de que su afiliación al partido se hiciera efectiva.

Se trataba, por supuesto, de una aproximación que no resultaba fácil para un joven procedente de las filas de la Institución Libre de Enseñanza, y Andrés Saborit recordaría, con ocasión de la muerte de Fernando, que tanto los dirigentes socialistas granadinos como el propio Pablo Iglesias vieron inicialmente con un cierto recelo la simpatía de Fernando de los Ríos hacia el socialismo. Salvador de Madariaga, al evocar a los españoles de su tiempo, ha hablado del "estrabismo moral" de Fernando de los

Ríos, una extraña imagen que trataba de sugerir la supuesta incomodidad que, según el escritor gallego, debió experimentar De los Ríos durante sus años de militancia en las filas socialistas.

Es posible, sin embargo, que Madariaga no acertase completamente en su diagnóstico porque, desde que Fernando de los Ríos se afilió al Partido Socialista, durante los primeros meses de 1919, su actuación en el partido fue de una completa dedicación aunque, lógicamente, no siempre coincidiera con la línea dominante en la dirección, a la que perteneció durante largos períodos. Fernando de los Ríos aportó también a la minoría parlamentaria su excelente preparación intelectual y una eficaz oratoria que unía la brillantez de su origen andaluz con el rigor expositivo del académico. Su voz juvenil y su perfecta dicción fue recogida en el "Archivo de la palabra" que se grabara en la Residencia de Estudiantes de Madrid entre 1931 y 1933 y ha sido vuelto a editar, en versión remasterizada, en 1990.

El instrumento -escribiría Jiménez de Asúa en 1951- de la enseñanza y de la política es la oratoria y Fernando de los Ríos fue un orador maravilloso. Tenía una voz excepcional, pastosa y profunda, que sabía meterse por el oído hasta la entraña. Su cultura tan fina llenaba las palabras de sentido y así puede decirse que fue uno de los hombres que mejor habló en España.

Desde su incorporación al socialismo, Fernando de los Ríos se convirtió en un personaje destacado de la vida política española, pues fue diputado en dos ocasiones antes de la Dictadura de Primo de Rivera, contra la que sostuvo enfrentamientos muy sonoros. Después de la caída de la Dictadura, que fue seguida por la de la propia Monarquía, Fernando de los Ríos sería ministro de tres departamentos distintos durante los gobiernos republicanos que se sucedieron entre abril de 1931 y septiembre de 1933. Posteriormente, durante la Guerra Civil, desempeñaría la embajada española en Washington.

Es conveniente indicar, sin embargo, que esta es una biografía de Fernando de los Ríos realizada desde el interior del personaje, y más atenta a la evolución de su pensamiento - y a la expresión de su mundo interior y afectivo- que a la descripción del apasionante mundo político que le tocó protagonizar, al que sólo se alude cuando resulta imprescindible para fijar las coordenadas vitales del personaje. Esto es especialmente evidente para los primeros años de la República de 1931, cuando desempeñó puestos políticos de especial relieve en los que la figura del ministro habría podido hacer que se esfumara la imagen del hombre que se ha pretendido biografiar.

## LA MEMORIA DEL PERSONAJE

A partir de su muerte la memoria de Fernando de los Ríos se mantendría viva en el mundo intelectual de habla hispana a través de varias recopilaciones de sus escritos que se publicaron en América. La primera de ellas (*¿Adónde va el Estado? Estudios*

*filosófico-políticos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1951) recogía trabajos inéditos que fueron prologados por Luis Jiménez de Asúa. También se recogían textos inéditos y discursos, junto a otros ya publicados, en la antología que preparó Raúl Roa y que se editó en Cuba (*Ciencia y conciencia: conferencias, discursos y ensayos*, Universidad de La Habana, 1956), aunque apenas se difundió porque la aparición real del libro coincidió con el triunfo de la revolución castrista, y la edición permanecería embargada durante muchos años en algún local de la universidad habanera. Pocos años más tarde se editaría una recopilación de sus estudios sobre cuestiones de Derecho Político y de Filosofía del Derecho (Estudios jurídicos, Ediciones Jurídicas Europa-América, Buenos Aires, 1959) que recogía antiguos estudios introductorios y textos de conferencias.

No sería hasta 1974, ya en los estertores del franquismo, cuando la figura de Fernando de los Ríos volviera a atraer la atención de las editoriales españolas, en un momento en el que empezaba a parecer urgente la necesidad de recuperar el recuerdo de los protagonistas del último experimento democrático que se había vivido en España. ése sería el sentido de la antología que publicó en 1974 Virgilio Zapatero (*Escritos sobre democracia y socialismo*), así como su biografía pionera editada el mismo año (*Fernando de los Ríos, los problemas del socialismo democrático*). Este libro era fruto de una tesis doctoral dirigida por el democristiano Joaquín Ruiz-Giménez y sería la base de la obra más extensa que publicó en 1999 (*Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*), en la que pudo consultar la rica documentación que salió a la luz después de la publicación del libro de 1974, que también ha sido utilizada en las páginas que siguen.

## UNA RICA INFORMACIÓN DOCUMENTAL

El conjunto documental más considerable para la realización de este estudio es el que constituye el Fondo Fernando de los Ríos que está depositado en el Archivo de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Está compuesto, básicamente, por los documentos que Fernando de los Ríos reunió en su domicilio de Nueva York, después de haber ejercido la embajada en Washington durante los años de la Guerra Civil. Es una documentación muy rica que proporciona una información abundantísima sobre la tarea desarrollada en la embajada, a la que se unen otros documentos personales, en forma de agendas, guiones de conferencias y recortes de prensa correspondientes, en su gran mayoría, al período 1936-1949, el de los años finales de Fernando de los Ríos. Agradezco a Laura García-Lorca que me haya permitido la consulta de esos fondos, en la que he contado con la inestimable ayuda de Alfredo Valverde, responsable del archivo.

Otro fondo documental de extraordinario valor, que corresponde al período de la vida de Fernando de los Ríos anterior a la Guerra Civil, estuvo depositado hasta 1974 en el Archivo de Salamanca que, en aquella fecha, todavía no era parte del Archivo Histórico Nacional. Se trataba, muy probablemente, de los documentos que la familia De los Ríos guardaba en su domicilio madrileño de la calle Diego de León, que abandonaron casi

definitivamente en el mes de septiembre de 1936.

Tuve conocimiento de aquella documentación a comienzos de los años setenta, cuando preparaba mi tesis doctoral, y fotocopí buena parte de ella a ruegos de Javier Tusell, lo que me proporcionó un encontronazo con una personalidad académica de la universidad salmantina que estuvo a punto de arruinar mi futuro académico, muy azaroso por aquellos años. También comenté la existencia de esos documentos a Vicente Cacho que, como buen amigo que era de Laura de los Ríos, lo puso en su conocimiento. Ella inició, en octubre de 1973, las gestiones para su recuperación, en las que contó con los buenos oficios de Eduardo García de Enterría y de José Manuel Romay Beccaria. Este último dirigió una carta al almirante Jesús Fontán Lobé, responsable de lo que entonces se llamaba Jefatura de los Servicios Documentales de la Presidencia de Gobierno, interesándose por la pronta devolución de los documentos a la hija de Fernando de los Ríos.

Como la titularidad de los documentos no parecía dudosa, no hubo dificultad en la devolución, que se produjo en octubre de 1974, mientras quedaba en el archivo una fotocopia de los originales. Esa documentación ha sido utilizada por muchos historiadores, entre los que cabe citar al propio Tusell y a Antonio María Calero, aparte, claro está, de Virgilio Zapatero, que los ha utilizado con profusión. Los documentos originales, sin embargo, no se han incorporado al Fondo Fernando de los Ríos de la Residencia de Estudiantes y, en el momento en que se redactan estas líneas, no me ha sido posible localizarlos. En cualquier caso, debo agradecer a Laura García-Lorca que me permitiese volver a consultar las fotocopias de la documentación original que se ha conservado en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca.

Otros fondos documentales, ya de mucho menor volumen, pueden encontrarse en los archivos de la Real Academia de la Historia, de las fundaciones José Ortega y Gasset, Indalecio Prieto y Pablo Iglesias, de las universidades Complutense, de Granada y de Salamanca, de la Institución Libre de Enseñanza, del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Archivo General de la Administración. También he recibido del Instituto de Estudios Coruñeses "José Cornide" algún documento relacionado con Salvador de Madariaga, de la misma manera que he encontrado en el Archivo Falla, de Granada, documentación interesante sobre la correspondencia entre el músico y De los Ríos. Debo agradecer a Emilio La Parra que me hiciera llegar documentos del legado Rodolfo Llopis, que está en la Biblioteca Gabriel Miró, de Alicante. Al personal de todos esos centros, mi agradecimiento más cordial.

Esa documentación se ha enriquecido con una intensa búsqueda en los periódicos de la época que ha ofrecido muchas claves para entender los documentos privados, a la vez que ha permitido encontrar más de ciento cincuenta textos impresos de Fernando de los Ríos que deben de añadirse a los algo más de doscientos cincuenta que ahora se incluyen en las Obras completas.

La tarea de consulta de las fuentes hemerográficas sería más ingrata si los investigadores no contáramos con ese extraordinario fondo que se ha reunido en la Hemeroteca Municipal de Madrid, que recoge títulos de toda España, y con el notable esfuerzo de modernización que se ha realizado en la Biblioteca Nacional con los fondos hemerográficos. Junto a esas instituciones, la hemeroteca del Ateneo de Madrid es, tal vez, un poco más limitada, pero tiene el extraordinario aliciente de que se pueden consultar directamente algunas viejas colecciones de periódicos que ya no están al alcance de los investigadores en las otras hemerotecas citadas. También agradezco al personal de la mediateca de mi Facultad de Geografía e Historia de la Complutense, las facilidades que me han ofrecido para consultar e imprimir algunas de esas grandes colecciones.

Ninguna de esas hemerotecas, en cualquier caso, habría podido cubrir el hueco que representaba la consulta de periódicos granadinos, que fueron testigos de casi veinte años de vida de Fernando de los Ríos, si no hubiera sido por la enorme amabilidad del equipo que Francisco González de la Oliva dirige en la Casa de los Tiros, que alberga una excelente hemeroteca catalogada con primor de poeta por mi primo Antonio Manjón-Cabeza. A ellos va mi agradecido recuerdo.

Hay personas cuya colaboración resulta difícil de describir por las muchas y muy variadas formas con que me han ayudado en la tarea de redactar este libro. Tener como vecina, puerta con puerta, a Conchita Fernández-Montesinos ha supuesto una ayuda muy superior a la que podría facilitarme Google, que ya es decir, aparte de que Google nunca podrá montar belenes populares con el esmero que ella los hace. Lo mismo podría decir de Manuel Titos, al que siempre he tenido a mano para movilizar información -especialmente granadina- y facilitarme cuantas gestiones le he solicitado; o de Julio Gil Pecharromán, un virtuoso de la precisión en el dato histórico. Y, muy especialmente, a Juan Francisco Fuentes, que ha volcado todo su buen hacer de historiador con la lectura paciente y amistosa, pero también exigente, de los originales de este libro.

Debo reconocer, en fin, mi deuda con Rafael Núñez Florencio, director de esta colección. No puedo dejar de aludir a mi mujer quien, después de tantos años de ocuparme de Fernando de los Ríos, ha cobrado una razonable aversión al personaje, que no tiene nada que ver con su ideología ni con su actuación sino, simplemente, con el agotamiento de la paciencia por el retraso de un proyecto que amenazaba con ser eviterno. Reconozco, sin embargo, que esa desesperanza, que no quería que se transmitiera a mis hijos, Miguel y Emilia, me ha servido de acicate en la tarea de acabar el proyecto de una vez.

El lector tiene ahora en sus manos una nueva visión de Fernando de los Ríos y Urruti y de su trayectoria vital. Una aproximación que se ha hecho con afecto inevitable y con distancia indispensable. La sucesión cronológica ha proporcionado el hilo conductor de una biografía que se ha abordado con el permanente recuerdo de lo que Miguel de

Unamuno le escribiera a José Ortega y Gasset en 1919, a propósito de la dificultad del género biográfico:

Y es que creo que un hombre es una idea concreta y absoluta, un pequeño universo cerrado que se basta a sí mismo, y que el hombre que llegase a comprender a otro sabría toda la historia que hay que saber. O una biografía o una historia universal.

Las mismas reticencias al género biográfico habrían mostrado muchos otros escritores, como Mark Twain o George Orwell, pero la tarea, como el mismo Unamuno escribiera, en línea con lo dicho por Samuel Johnson, nunca ha dejado de ser apasionante.

En cualquier caso, si la tarea realizada no resulta del gusto del lector, siempre le quedará el consuelo de buscar otro nuevo Fernando de los Ríos en las muchas obras que él dejó publicadas. Es lo que aconsejaba Rudyard Kipling, a quienes estuvieran interesados en leer alguna biografía suya:

If I have given you delight  
By aught that I have done,  
Let me lie quiet in that night  
Which shall be yours anon.  
And for the little little span  
The dead are borne in mind,  
Seek no to question other than  
The books I leave behind.

(Si te ha dado placer algo de lo que yo he hecho, déjame descansar en aquella noche tranquila que será pronto la tuya. Y durante el breve, brevísimo, tiempo que nos acordamos de los muertos, no busques otra cosa que los libros que dejé escritos.)

No deja de ser un consejo razonable.

---